

## XIX

Al día siguiente se levantó un servidor de ustedes de masimo humor, y su primera idea fué salir del Escorial lo más pronto que le fuera posible. Para pensar en los medios de ejecutar tan buen propósito, fuese á pasear á los claustros del monasterio, y allí, discurrendo sobre su situación, se acaloró la cabeza del pobre muchacho revolviendo en ella mil pensamientos que cree poder comunicar al discreto lector.

Los que hayan leído en el primer libro de mi vida el capítulo en que di cuenta de mi inútil presencia en el combate de Trafalgar, recordarán que en aquella alta ocasión, y cuando la grandeza y majestad de lo que pasaba ante mis ojos parecían sutilizar las facultades de mi alma, pude concebir de un modo clarísimo la idea de la patria. Pues bien: en la ocasión que ahora refiero, y cuando la desastrosa catástrofe de tan ridiculas ilusiones había conmovido hasta lo más profundo mi naturaleza toda, el espíritu del pobre Gabriel hizo después de tanto abatimiento una nueva adquisición, una nueva conquista de inmenso valor, la idea del honor.

¡Qué luz! Recordé lo que me había dicho Amaranta, y comparando sus conceptos con los míos, sus ideas con lo que yo pensaba, mezcla de ingenuo engreimiento y de honrada fatuidad, no pude menos de enorgullecerme de mí mismo. Y al pensar esto no pude menos de decir:—Yo soy hombre de ho-

nor, yo soy hombre que siento en mí una repugnancia invencible á cometer cualquiera acción fea y villana que me deshonre á mis propios ojos; y además, la idea de que pueda ser objeto del menosprecio de los demás me enardece la sangre y me pone furioso. Cierito que quiero llegar á ser persona de provecho; pero de modo que mis acciones me enaltezcan ante los demás y al mismo tiempo ante mí, porque de nada vale que mil tontos me aplaudan, si yo mismo me desprecio. Grande y consolador debe de ser, si vivo mucho tiempo, estar siempre contento de lo que haga, y poder decir por las noches mientras me tapo con mis sabanitas para matar el frio: *No he hecho nada que ofenda á Dios ni á los hombres. Estoy satisfecho de tí, Gabriel.*

Debo advertir que en mis monólogos siempre hablaba conmigo como si yo fuera otro.

Lo particular es que mientras pensaba estas cosas, la figura de Inés no se apartaba un momento de mi imaginación, y su recuerdo daba vueltas en torno á mi espíritu, como esas mariposas ó pajaritos que se nos aparecen á veces en días tristes trayendo, según el vulgo cree, alguna buena noticia.

Tal era la situación de mi espíritu, cuando acertó á pasar cerca de mí el caballero D. Juan de Mañara, vestido de uniforme. Detúvose y me llamó con empeño, demostrando que mi presencia era para él nada menos que un buen hallazgo. No era aquella la primera vez que solicitaba de mí un pequeño favor.

—Gabriel—me dijo en tono bastante confidencial y sacando de su bolsillo una moneda de oro,—esto es para tí, si me haces el favor que voy á pedirte.

—Señor—contesté,—con tal que sea cosa que no perjudique á mi honor....

—Pero, pedazo de sarramplín, ¿acaso tú tienes honor?

Pues sí que lo tengo, señor oficial—contesté muy enfadado;—y deseo encontrar ocasión de darle á usted mil pruebas de ello.

—Ahora te lo proporciono, porque nada más honroso que servir á un caballero y á una señora,

IVER

erencia para

ue has traído,  
és quien te de-

—Dígame usted lo que tengo que hacer—dije, deseando ardientemente que la posesión del doblón que brillaba ante mis ojos fuera compatible con la dignidad de un hombre como yo.

—Nada más que lo siguiente—respondió el hermoso galán, sacando una carta del bolsillo:—llevar este billete á la señorita Lesbia.

—No tengo inconveniente—dije, reflexionando que en mi calidad de criado no podía deshonrarme llevando una carta amorosa.—Deme usted la esquelita.

—Pero ten en cuenta—añadió entregándomela,—que si no desempeñas bien la comisión, ó este papel va á otras manos, tendrás memoria de mí mientras vivas, si es que te queda vida después que todos tus huesos pasen por mis manos.

Al decir esto el guardia demostraba, apretándome fuertemente el brazo, firme intención de hacer lo que decía. Yo le prometí cumplir su encargo como me lo mandaba, y tratando de esto llegamos al gran patio de Palacio, donde me sorprendió ver bastante gente reunida, descollando entre todas algunas aves de mal agüero, tales como ministriles y demás gente de la curia. Yo advertí, que al verles mi acompañante se inmutó mucho, quedándose pálido, y hasta me parece que le oí pronunciar algún juramento contra los pajarracos negros que tan de improviso se habían presentado á nuestra vista. Pero yo no necesitaba reflexionar mucho para comprender que aquella siniestra turbamulta nada tenía que ver conmigo, así es que dejando al militar en la puerta del cuerpo de guardia, y una vez trasladadas carta y moneda á mi bolsillo, subí en cuatro zancajos la escalera chica, corriendo derecho á la cámara de la señora Lesbia.

No tardé en hacerme presentar á su señoría. Estaba de pie en medio de la sala, y con entonación dramática leía en un cuadernillo aquellos versos célebres:

... todo me mata,  
todo va reuniéndose en mi daño!

—Y todo te confunde, desdichada.

Estaba estudiando su papel. Cuando me vió entrar cesó en quis.

¡Q.  
comparar.  
yo pensab  
tuidad, no  
pensar esto .

su lectura, y tuve el gusto de entregarle en persona el billete, pensando para mí:—¿Quién dirá que con esa cara tan linda eres una de las mejores piezas que han hecho enredos en el mundo?

Mientras leía, observé el ligero rubor y la sonrisa que hermoseaban su agraciado rostro. Después que hubo concluido, me dijo un poco alarmada:

—¿Pero tú no sirves á Amaranta?

—No, señora—respondí.—Desde anoche he dejado su servicio, y ahora mismo me voy para Madrid.

—¡Ah! entonces bien—dijo tranquilizándose.

Yo en tanto no cesaba de pensar en el placer que habría experimentado Amaranta si yo hubiera cometido la infamia de llevarle aquella carta. ¡Qué pronto se me había presentado la ocasión de portarme como un servidor honrado, aunque humilde! Lesbia, encontrando ocasión de zaherir á su amiga, me dijo:

—Amaranta es muy rigurosa y cruel con sus criados.

—¡Oh, no señora!—exclamé yo, gozoso de encontrar otra coyuntura de portarme caballerosamente, rechazando la ofensa hecha á quien me daba el pan.—La señora condesa me trata muy bien; pero yo no quiero servir más en Palacio.

—¿De modo que has dejado á Amaranta?

—Completamente. Me marcharé á Madrid antes del medio día.

—¿Y no querrias entrar en mi servidumbre?

—Estoy decidido á aprender un oficio,

—De modo que hoy estás libre, no dependes de nadie, ni siquiera volverás á ver á tu antigua ama.

—Ya me he despedido de su señoría y no pienso volver allá.

No era verdad lo primero, pero sí lo segundo.

Después, como yo hiciera una profunda reverencia para despedirme, me contuvo diciendo:

—Aguarda: tengo que contestar á la carta que has traído, y puesto que estás hoy sin ocupación y no tienes quien te detenga, varás la respuesta.

Esto me infundió la grata esperanza de que mi capital se engrosara con otro doblón, y aguardé mirando las pinturas del techo y los dibujos de los tapices. Cuando Lesbia hubo concluido su epistola, la selló cuidadosamente y la puso en mis manos, ordenándome que la llevase sin perder un instante. Así lo hice; pero ¡cuál no sería mi sorpresa cuando al llegar al cuerpo de guardia me encontré con la inesperada novedad de que sacaban preso á mi señor el guardia, llevándole bonitamente entre dos soldados de los suyos! Yo temblé como un azogado, creyendo que también iban á echarme mano, pues sabía que no bastaba ser insignificante para librarse de los ministriles, quienes deseando mostrar su celo en la causa del Escorial, comprendían en los voluminosos autos el mayor número posible de personas.

Cometí la indiscreción de entrar en el cuerpo de guardia para curiosar, lo cual hizo que un hombre allí presente, temerosa estantigua con nariz de gancho, espejuelos verdes y larguissimos dientes del mismo color, dirigiese hacia mi rostro aquellas partes del suyo, observándome con mucha atención y diciéndome con la voz más desagradable y bronca que en mi vida oí:

—Este es el muchacho á quien el preso entregó una carta antes de caer en poder de la justicia.

Un sudor frio corrió por todo mi cuerpo al oír tales palabras, y volví la espalda con disimulo para marcharme á toda prisa; pero ¡ay! no habia dado dos pasos cuando sentí que se clavaban en mi hombro unas como garras de gavilán, pues no otro nombre merecian las afiladas y durisimas uñas del hombre de los espejuelos verdes, en cuyo poder habia caído. La impresión que sentí fué tan terrorífica, que nunca pienso olvidarla, pues al encarar con su feisima estampa los vidrios redondos de sus gafas, que remedaban la pupila cuajada, penetrante y estupefacta del gato, me turbaron hasta lo sumo, y al mismo tiempo sus dientes verdes, afilados sin duda por la voracidad, parecían ansiosos de roerme.

---No vaya usted tan de prisa, caballerito---dijo,---que tal vez haga aquí más falta que en otra parte.

---¿En qué puedo servir á usía?---pregunté melifluamente, comprendiendo que nada me valdria mostrarme altanero con semejante lobo.

---Eso lo veremos---contestó con un gruñido que me obligó á encomendarme á Dios.

Mientras aquel cernicalo, con la formidable zarpa clavada en mi cuello me llevaba á una pieza inmediata, yo invoqué todas mis facultades intelectuales para ver si con el esfuerzo combinado de todas ellas, encontraba medio de salir de tan apurado trance. En un instante de reflexión, hice el siguiente rapidísimo cálculo:---"Gabriel: este instante es supremo. Nada conseguirás defendiéndote con la fuerza. Si intentas escapar, estás perdido. De modo que si por medio de algún rasgo de astucia no te libras de las uñas de este pícaro que te enterrará vivo bajo una losa de papel sellado, ya puedes hacer acto de contrición. Al mismo tiempo llevas sobre tí la honra de una dama que sabe Dios lo que habrá escrito en esa endiablada carta. Con que ánimo, muchacho, y á ver por dónde se sale.

Afortunadamente, Dios iluminó mi entendimiento en el instante en que el curial se sentó en un desnudo banquillo, poniéndome delante para que respondiera á sus preguntas. Recordé haber visto al feroz leguleyo en el cuarto de Amaranta, á quien gustaba de ofrecer servilmente sus respetos, y esto con la idea de que mi antigua ama era desafecta á las personas á quienes se formaba la causa, me dió la norma del plan que debia seguir para librarme de aquel vestiglo.

---Con que tú andas llevando y trayendo cartitas, picaronzazo---dijo en la plenitud de su curial servicio, gozando de antemano con la contemplación imaginaria de las resmas de papel sellado en que habia de emparedarme.---Ahora veremos para quiénes son esas cartas, y si te ocupas en comunicar á los conjurados con los presos, para que burlen la acción de la justicia.

---Señor licenciado---contesté yo recobrando un poco la serenidad,---usted no me conoce, y sin duda me confunde con esos picarones que se ocupan en traer y llevar papelitos á los que están presos en el Noviciado.

—¿Cómo?—exclamó con júbilo.—¿Estás seguro de que eso pasa?

—Si señor—respondí envalentonándome cada vez más.—Vaya usía ahora mismo con disimulo al patio de los convalecientes, y verá que desde el piso tercero del monasterio echan cartas á la bohardilla, valiéndose de unas larguissimas cañas.

—¿Qué me dices?

—Lo que usía oye: y si quiere verlo con sus propios ojos vaya ahora mismo, que ésta es la hora que escogen los malvados para su intento, por ser la de la siesta. Ya me podría usía recompensar por la noticia, pues le doy este aviso para que pueda prestar un gran servicio á nuestro querido Rey.

—Pero tú recibiste una carta del joven alférez, y si no me la das ante todo, ya te ajustaré las cuentas.

—¿Pero el señor licenciado no sabe—contesté.—que soy paje de la excelentísima señora condesa Amaranta, á quien sirvo hace algún tiempo? ¡Y que no me tiene poco cariño mi ama en gracia de Dios! Mil veces ha dicho que ya puede tentarse la ropa el que me tocase tan siquiera al pelo de la misma.

El leguleyo parecía recordar y como era cierto que me había visto repetidas veces en compañía de mi ama, advertí que su endemoniado rostro se apaciguaba poco á poco.

Bien sabe el señor licenciado—continué,—que la señora condesa me protege, y habiendo conocido que yo sirvo para algo más que para este bajo oficio, se propone instruirme y hacer de mí un hombre de provecho. Ya he empezado á estudiar con el padre Antolínez, y después entraré en la casa de pajes, porque ahora hemos descubierto, que yo aunque pobre soy noble y descendiendo en línea recta de unos al modo de duques ó marqueses de las islas Chafarinas.

El leguleyo parecía muy preocupado con estas razones, que yo pronuncié con mucho desparpajo.

—Y ahora—proseguí,—iba al cuarto de mi ama, que me está esperando, y en cuanto sepa que el señor licenciado me ha detenido se pondrá furiosa: porque ha de saber el señor licenciado que mi ama me manda recorrer estos patios y galerías para oír lo que dicen los partidarios de los presos, y ella lo

va apuntando en un libro que tiene no menos grande que ese banco. Ella va á descubrir muchas cosas malas de esa gente y está muy contenta con mi ayuda, pues dice que sin mí no sabría la mitad de lo que sabe. Por ejemplo, lo de las cañas apuesto á que nadie lo sabe más que yo, y agradézcame el señor licenciado que se lo haya dicho antes que á ninguno.

—Cierto es—dijo el ministril,—que la señora Condesa te protege, pues ahora caigo en la cuenta de que algunas veces se lo he oído decir; pero no me explico que tu ama se cartee con el alférez.

—También á mí me llamó la atención—repuse,—porque mi ama decía que ese señor era de los que primero debían ser puestos á la sombra; pero ¡vea el señor licenciado! La carta que recibí era para mi ama, y le decía que viéndose próximo á caer en poder de la justicia, solicitaba la protección de la señora Condesa para librarse de aquélla.

—¡Ah, Sr. Mañara, tunante, trapisondista!—exclamó el representante de la justicia humana.—Quería escaparse de nuestras uñas, poniéndose al amparo de una persona que está demostrando el mayor celo en favor de la causa del Rey.

—Pero no le valieron sus malas uñas, señor licenciadito de mi alma—añadí estusiasmándome,—porque mi ama rompió la carta con desdén, y me mandó contestarle de palabra que nada podía hacer por él.

—¿Y á eso venías?

—Precisamente. Ya sabía yo que no lograba nada el señor alférez, y me alegro, me alegro. Porque yo digo: esos pícaros ¿no querían quitarle al Rey su corona, y á la Reina la vida? Pues que las paguen todos juntas, que bien merecido tienen el cadalso; y como se descuiden, el señor Principe de la Paz no se andará por las ramas.

—Bien—dijo algo más benévolo para conmigo, pero sin que se extinguiera su recelo.—Iremos juntos á ver á tu ama, y ella confirmará lo que has dicho.

—Ahora se fué al cuarto del Principe de la Paz, á quien piensa recomendarme para que entre á la casa de Pajes. Y como el señor licenciado se descuide, no podrá ver á los que

echan la caña por los balcones del piso tercero del monasterio. Vaya usía á enterarse de esto, y luego puede pasar al cuarto de mi ama, donde lo espero. Ella estará prevenida y recibirá á usía con mucho agasajo, porque le aprecia y estima mucho.

—¿Sí? ¿Le has oído hablar de mi alguna vez?—preguntó vivamente.

—¿Alguna vez? Diga el señor licenciado mil veces. La otra noche estuvo hablando de usía más de dos horas con el Príncipe de la Paz y con el Marqués Caballero.

—¿De veras?—preguntó plegando su arrugada boca con una sonrisa indefinible y dejando ver en todo su vasto desarrollo el mapa de su verde dentadura.—¿Y qué decía?

—Que al señor licenciado se deben todas las averiguaciones que se han hecho en la causa, y otras cosas que no digo por no ofender la modestia de usía.

—Dilas, picarón, y no seas corto de genio.

—Pues hizo grandes elogios de usía, ponderando su talento, su mucho saber y su disposición para sacar leyes aunque fuera de un canto rodado. Después añadió que si no le hacian al señor licenciado consejero de Indias ó de la sala de alcaldes de Casa y Corte, no tendrían perdón de Dios.

—¿Eso dijo? Veo que eres un chico formal y discreto. Dí á la señora condesa que dentro de un momento pasará á visitarla para consultar con ella gravísimas cuestiones. Ella sabrá cuánto la aprecio y estimo. Con respecto á tí, al principio pensé que la carta entregada por el alférez era para la duquesa Lesbia.

—¡Quiá! No voy yo al cuarto de esa señora, porque mi ama y ella están reñidas.

—Y como hoy—continuó—se procederá también á prender á esa señora, que resulta complicada en el proceso, lo mismo que su esposo el señor duque...

—¡También prenden á la señora Lesbia!—exclamé asombrado.

—También; ya habrán subido mis compañeros á notificarlo. Conque, joven, sube al cuarto de tu ama, y adviértele mi próxima visita.

No esperé más para separarme de hombre tan fiero, y bendiciendo fervorosamente á Dios, salí del cuerpo de guardia, muy satisfecho de la estratagema empleada. Mi primera intención fué correr al cuarto de Lesbia, no sólo para devolver la carta, sino para prevenirla acerca del riesgo que su libertad corría; mas cuando subí, noté que la justicia había invadido su vivienda. Era preciso huir de Palacio, donde corría gran peligro de caer en poder del atroz licenciado, en cuanto éste, conferenciando con mi ama, descubriese mis estupendas mentiras.—Pies, ¿para qué os quiero?—dije;—y al punto subí precipitadamente á mi camaranchón, cogí y empaqueté de cualquier modo mi ropa, y sin despedirme de nadie salí del Palacio y del monasterio, resuelto á no determe hasta Madrid.

A pesar de de mi zozobra, no quise partir sin provisiones, y habiéndome surtido en la plaza del pueblo de lo necesario, eché á andar, volviendo á cada rato la vista, porque me parecía que el licenciado caminaba detrás de mí. Hasta que no desapareció de mi vista la cúpula y las torres del terrible monasterio no recobré la tranquilidad, y después de dos horas de precipitada marcha, me aparté del camino, restauré mis fuerzas con pan, queso y uvas, seguro ya de que por el momento las durísimas uñas del representante de la justicia no se clavarian en mis hombros.

En aquel rato de descanso y esparcimiento me reí á mis anchas, recordando las mentiras que habia empleado para salvarme, pero no me remordía la conciencia por haberlas desembuchado con tanta largueza, puesto que aquellos embustes, con los cuales no perjudicaba á la honra de nadie, eran la única arma que me defendía contra una persecución tan bárbara como injusta. Los trances difíciles aguzan el ingenio, y en cuanto á mí, puedo decir que antes de encontrarme en el que he referido, jamás hubiera sido capaz de inventar tales desatinos. Bien dicen que las circunstancias hacen al hombre tonto ó indiscreto, aguzando el más rústico entendimiento, ú obscureciendo el que se precia de más claro.

Más allá de Torreldones encontré unos arrieros que por poco dinero me dejaron montar en sus caballerías, y de este modo llegué á Madrid cómodamente, ya muy avanzada la noche.

XX

Como era tarde, creí que no debía ir á casa de Inés hasta la mañana siguiente, y entré en la de González, que aún estaba levantada, y como sin intención de recogerse todavía. Quedose muy asombrada al verme entrar, y faltóle tiempo para preguntarme lo que me había pasado, y si había ocurrido alguna novedad á la señorita Amaranta. También quiso saber lo de la famosa conjuración, asunto que, según dijo, ocupaba la atención de Madrid entero, y satisfecha su curiosidad en éste y otros puntos, me aseguró haber recibido una carta de Lesbia, en que le anunciaba su viaje á la corte dentro de algunos días para acabar de perfeccionarse en el papel de Edelmira.

Aunque el cansancio me rendía, y más deseaba acostarme que hablar, le conté lo de la carta y también el triste caso de la prisión de la duquesa. Pepita, muy alterada con estas noticias, me rogó que le entregase la carta, á lo cual me negué jurando que la guardaría hasta que pudiera dársela en propia mano á la misma persona de quien la recibí. Ella pareció conformarse con mi negativa, y no hablamos más del asunto. Después le dije que, resuelto á aprender un oficio, había abandonado á Amaranta para regresar á la corte, y me fui á acostar, deseando que llegase pronto la mañana para ver á Inés. Excuso decir que dormí como un talego; levanteme al día siguiente muy á prisa, y mi primera impresión fué una gran pesadum-

bre. Les contaré á ustedes: al vestirme busqué en mis ropas la carta de Lesbia, y la carta no parecía. No quedó en mis bolsillos, ni en mi breve equipaje, escondrijo que no fuese revuelto; pero no encontré nada. Muy afunado estaba, temiendo que la carta hubiese caído en manos indiscretas, cuando le conté á mi ama lo que me pasaba, preguntándole si había encontrado por el suelo la malhadada epístola. Entonces la picara, lanzando una carcajada de alegría, me contestó con la mayor desvergüenza:

—No la he encontrado. Gabrielillo, sino que anoche, luego que te dormiste, entré en tu cuarto de puntillas, y saqué la carta del bolsillo de tu chaqueta. Aquí la tengo, la he leído, y no la soltaré por nada.

Aquello me indignó sobremanera. Pedile la carta, diciéndole que mi honor me exigía devolverla á su dueña, sin que nadie la leyera; mas ella me repuso que yo no tenía honor que conservar, y que en cuanto á la carta, no la devolvería, aunque le diesen tantos azotes como letras estaban escritas en ella. Acto continuo me la leyó; y decía así, si mal no recuerdo:

“Amado Juan: Te perdono la ofensa y los desaires que me has hecho; pero si quieres ¡que crea en tu arrepentimiento, pruébame lo, viniendo á cenar conmigo esta noche á mi cuarto, donde acabaré de disipar tus infundados celos, haciéndote comprender que no he amado nunca, ni puedo amar á Isidoro, ese salvaje, presumido comiquillo, á quien sólo he hablado alguna vez con objeto de divertirme con su necia pasión. No faltes, si no quieres enfadar á tú—*Lesbia*. —P.D. No temas que te prendan. Primero prenderán al Rey.”

Leída la carta, la González se la guardó en el pecho, diciendo entre risas y chistes que ni por diez mil duros la devolvería. Todas mis súplicas fueron inútiles, y al fin, cansado de desgañitarme, salí de la casa, muy apesadumbrado con aquel incidente; mas esperando desvanecer mi mal humor con la vista de la infeliz Inés. Dirigime allá muy conmovido, y al entrar por la calle, mirando á los balcones de su casa, decía: —«¡Cuán lejos estará ella de que yo acabo de doblar la esquina y estoy en la calle! Estará sentada detrás de la cortinilla, y

aunque no tendría más que asomarse un poco para verme, no me verá hasta que no entre en la casa.»

Llegué por fin, y desde que se me abrió la puerta comprendí que algo grave pasaba allí; porque Inés no corrió á mi encuentro á pesar de las fuertes voces que di al poner el pie dentro de la casa. Quien primero me recibió fué el padre Celestino, con rostro tan demasíadamente compungido, que no podía atribuirse su escualidez á la sola causa del hambre.

—Hijo mío, en mal hora vienes---me dijo.

—Aquí tenemos una gran desgracia. Mi hermana, la pobre Juana, se nos muere.

—¿Pero Inés?

—Buena, pero figurate cómo estará la pobrecita con el ajetreo de estos días. No se separa del lado de su madre, y si esto siguiera mucho tiempo, creo que también se llevaría Dios al pobre angelito de mi sobrina.

—Bien le decíamos á la señora Doña Juana que no trabajase tanto.

—¿Y qué quieres, hijo mío?—respondió.—Ella mantenía la casa, porque ya ves, todavía no me han dado el curato, ni la capellanía, ni la coadjutoria, ni la ración, ni la beca, ni la congrua que me han prometido, aunque tengo la seguridad de que á más tardar, la semana que entra se cumplirán mis deseos. Además, mi poema latino no hay librero que lo quiera imprimir, aunque le den dinero encima, y aquí tienes la situación. No sé qué va á ser de nosotros si mi hermana se muere.

Al decir esto, las quijadas del pobre viejo se descoyuntaron en un bostezo descomunal, que me probó la magnitud de su hambre. Semejante espectáculo me oprimió el corazón; pero afortunadamente yo tenía algún dinero de mis ahorros, y además el doblón de Mañana, lo cual me permitía hacer una hombrada. Echándome la mano al bolsillo, dije:

—Señor cura, en celebración de la congrua que ha de recibir su paternidad, la semana que entra le convidó á chuletas.

—No tengo gana---respondió haciendo alarde de aquella gentil delicadeza que le caracterizaba,---y además, no quiero que

gastes tus ahorros, pero si tú quieres comerlas, que las traigan y aquí te las aderezaremos.

Al instante mandé á una vecina por la carne, y mientras venía, no pudiendo contener mi impaciencia, me interné en busca de Inés. Hallela en la habitación principal, no lejos de la cama de su madre, que dormía profundamente.

—Inesilla, Inesilla de mi corazón---dije corriendo á ella y dándole media docena de abrazos.

Por única respuesta, Inés me señaló á la enferma, indicándome que no hiciera ruido.

—Tu madre se pondrá buena---le contesté en voz baja.---¡Ay, Inesilla, cuánto deseaba verte! Vengo á confesarte que soy un bruto, y que tú tienes más talento que el mismo Salomón,

Inés me miró sonriendo con serena tranquilidad, como si de artemano hubiera sabido que venía á hacerle tales confesiones. Mi discreta y pobre amiga estaba muy pálida por los insomnios y el trabajo; pero cuánto más hermosa me pareció que la terrible Amaranta! Todo había cambiado, y el equilibrio de mis facultades estaba restablecido.

—Mira, Inesilla---dije besándole las manos,---acertaste en todas tus profecías. Estoy arrepentido de mi gran necedad, y he tenido la suerte de encontrar pronto el desengaño. Bien dicen que los jóvenes nos dejamos ilusionar por sueños y fantasmas. Pero ¡ay! no todos tienen un buen ángel como tú que les enseñe lo que han de hacer.

—¿De modo que ya no le tendremos á usía de capitán general, ni de virrey?---me dijo burlándose de mis locuras.

—No, niña; no estoy ya por los palacios ni por los uniformes. Si vieras tú que feas son ciertas cosas cuando se las ve de cerca. El que quiere medrar en los palacios tiene que cometer mil bajezas contrarias el honor, porque yo tengo también mi honor, si señora... Nada, nada; dejémonos de virreinos y de bombollas. He sido una alma de cántaro; pero bien dice el señor cura, tu tío, que la experiencia es una llama que no alumbra sino quemando. Yo me he quemado vivo; pero ¡ay! hija, ¡si vieras cuánto he aprendido! Ya te contaré.

—¿Y ya no vuelves allá?

—No, señora; aquí me quedo, porque tengo un proyecto.

—¿Otro proyecto?

—Sí; pero éste te ha de gustar, picarona. Voy aprender un oficio. Aver cuál te parece mejor. ¿Platero, ebanista, comerciante? Lo que tú quieras. Todo menos el de criado.

—Eso no está mal discurrido.

—Pero detrás de este proyecto está otro mejor—dije gozando de un modo indecible con aquel diálogo.—Sí, hijita; tengo el proyecto de casarme con usted.

La enferma hizo un movimiento, y entonces Inés, atendiendo á su madre, no pudo dar contestación á mis vehementes palabras.

—Yo tengo diez y seis años—continué,—tú quince; de modo que no hay más que hablar, Aprenderé un oficio, en el cual pienso ganar pronto muchísimo dinero, que tú irás guardando para nuestra boda. Verás, verás qué bien vamos á estar. ¿Quiéres sí ó no?

—Gabriel—repuso en voz muy baja,—ahora somos muy pobres. Si me quedo huérfana lo seremos mucho más. A mi tío no le darán nunca lo que está esperando hace catorce años. ¿Qué va á ser de nosotros? Tú no ganarás nada hasta que no pase algún tiempo: no pienses, pues, en locuras.

Pero, tonta, dentro de cuatro años habré yo ganado más de lo que peso. Entonces, para entonces... Mientras tanto, ya nos arreglaremos. Para algo te ha dado Dios ese talento de doctora de la Iglesia que tienes. Ahora conozco que sin tí no no valgo nada, ni sirvo para nada.

Eso después que te reías de mí, cuando te decía; «Gabriel, vas por mal camino.»

—Tenías razón, cordera. ¡Si vieras qué raro es el hombre por dentro, y cómo se equivoca, y cómo ignora hasta lo mismo que le pasa! Cuando salí de aquí creí que no te quería, y como aquella señora me tenía deslumbrado, apenas me acordaba de tí. Pero no: te quería y te quiero más que á mi vida, sólo que á mi vida, á veces parece que se le ponen á uno telarañas a los ojos que tenemos por dentro, y no vemos lo mismo que nos pasa en... pues... por dentro. Y al mismo tiempo, que

ridita, tu cara se me venía á la memoria, cuando, decidido á no ceder á los caprichos de aquella dama endemoniada, pensaba que el hombre debe buscarse una fortuna por medios honrosos.

La enferma llamó á su hija, y nuestro dulce coloquio quedó interrumpido. Pero tras el placer que había experimentado, conferenciando con Inés, Dios me deparó el no menos grato de ver comer las chuletas al padre Celestino, quien á pesar de la gran necesidad que padecía, no las cató sin hacer mil remilgos, para poner á salvo su dignidad y pundonor.

—He almorzado hace un rato, Gabriel—dijo;—pero si te empeñas...

Mientras comía recayó la conversación sobre los asuntos del Escorial, y él, que no ocultaba su afición á Godoy, se expresó de este modo:

Harán bien en extirpar de raíz la conjuración. Pues no es mala la que tenían armada contra nuestros queridos Reyes y ese dignísimo Príncipe de la Paz, mi paisano y amigo, protector de los menesterosos.

—Pues la opinión general aquí, como en el Real Sitio--le contesté--es favorable al Príncipe Fernando, y todos acusan á Godoy de haber fraguado esto para desacreditarle.

—¡Picaros, embusteros, rufianes!--exclamó furioso el clérigo.—¿Qué saben ellos de eso? Si conocieran, como yo conozco, las intrigas del partido fernandista... Descuiden, que ya le contaré todo al señor Príncipe de la Paz cuando vaya á darle las gracias por el curato, lo cual, según me ha dicho el oficial de la secretaría, no puede pasar de la semana que entra. ¡Ah! Si tú conocieras al canónigo Don Juan de Escóiquiz, como le conozco yo... Aquí le tienen por un corderito pascual, y es el bribón más grande que ha vestido sotana en el mundo. ¿Quién si no él se ha opuesto á que me den el curato? Y todo porque en las oposiciones que hicimos en Zaragoza hace treinta y dos años, sobre el tema *Utrum helemosinam*... no recuerdo lo demás... le dejé bastante corrido. Desde entonces me ha tomado grande ojeriza. Cuando estemos más despacito, Gabrielillo, te contaré las mil infames tretas que ha



empleado el arcediano de Alcaraz para conquistar la voluntad de su discípulo. ¡Ah! yo sé cosas muy gordas. El es el alma de este negocio; él ha urdido tan indigna trama; él ha estado en tratos con el embajador de Francia, Mr. Beauharnais, para entregar á Napoleón la mitad de España, con tal que ponga en el trono al Príncipe heredero, si señor.

—Pues oiga usted á todo el mundo—respondi—y verá cómo al Sr. Escóquiz le ponen por esas nubes, mientras dicen mil picardías del primer Ministro.

—Envidia, chico, envidia. Es que todos le piden colocaciones, destinos y prebendas, y como no los puede dar sino á las personas decentes como yo, de aquí que la mayoría se queja, murmura, y ya ves. ¿Podrán negar que se le deben multitud de cosas buenas, como la protección á la enseñanza, la creación del seminario de caballeros Pajes, el fomento de la botánica, las escuelas de agricultura, los jardines de aclimatación, la prohibición de enterrar en los templos, y otras muchas reformas útiles, que aunque criticadas por los ignorantes, ello es que son laudables y así ha de reconocerlo la posteridad? Cuando estemos despacio te contaré otras cosas que te harán variar de opinión, y si no, al tiempo. Yo bien sé que me arrastrarán los madrileños si salgo por ahí diciendo estas cosas; pero amigo . . . *super omnia veritas*.

—Pues hablando de otra cosa—le dije—aquí donde usted me ve, puede que le haya conseguido un servidor el destinillo que pretendía.

—¿Tú? ¿Qué puedes tú? Godoy quiere servirme: sí, él lo hará sin necesidad de recomendaciones. Y á fe, hijo mio, que si no me colocan pronto, y se muere Juana, lo vamos á pasar mal; pero muy mal.

—Pero Doña Juana tiene parientes ricos.

—Sí, Mauro Requejo y su hermana Restituta, comerciantes de telas de la calle de la Sal. Ya sabes que son avaros de aquellos de hártate, comilón, con pasa y media. Jamás han hecho nada por sus parientes. La pobre Inés no tiene que agradecerles ni un pañuelo.

—¡Qué miserables!

—Además, cuando yo me establecí en Madrid, hace catorce años, conocí á ese Requejo. Juana estaba ya viuda, Inés era tamañita así, y tan lindilla y tan amable como ahora. Pues bien: el primo de Juana, á quien yo insté en cierta ocasión para que favoreciera á esa familia, me dijo:—«No puedo hacer nada por ellas, porque Juana ha renegado de sus parientes; en cuanto á Inesilla, estoy casi seguro de que no es demi sangre. Me han dicho que es una inclusera, á quien Juana ha recogido haciéndola pasar por hija suya.» Pretexto, nada más que pretexto, para disculpar su avaricia. No me fué posible convencer á aquel bárbaro, y desde entonces no le he vuelto á ver.

—¿De modo que no hay que contar con esa gente?

—Como si no existieran.

Estas palabras me llevaron á reflexionar sobre la suerte de aquella infeliz familia. Hubiera deseado tener los tesoros de Crespo para ponérselos á Inés en el cestillo de la costura. Como nunca, sentí entonces imperiosa y viva la primera necesidad del hombre honrado, que está resuelto á no vender su conciencia. No tenía dinero . . . ¿Cómo adquirirlo?

Fui otra vez al lado de Inés, á quien no podía menos de mostrar á cada instante mi afecto vehementemente; y después que conferenciamos otro poco salí de la casa, pensando en el ardid que emplearía para que el padre Celestino recibiese, sin menoscabo en su dignidad, el doblón que me dió Maraña, y diciendo entre mi á cada paso: ¡Maldito dinero! ¿Dónde estás?